



POEMA DE MIO CID

(anónimo)

Mediados siglo XII – principios del XIII

Cantar I (del destierro)

1

El Cid sale de Vivar para el destierro

De los sus ojos tan fuertemente llorando,
Tornaba la cabeza y estábalos catando.
Vio puertas abiertas y postigos sin candados,
Alcándaras vacías, sin pieles y sin mantos,
Y sin halcones y sin azores mudados.
Suspiró mío Cid pues tenía muy grandes cuidados.
Habló mío Cid, bien y tan mesurado:
*-¡Gracias a ti, señor padre, que estás en alto!
-¡Esto me han vuelto mis enemigos malos!*

2

El Cid ve agüeros en la salida

Allí piensan aguijar, allí sueltan las riendas.
A la salida de Vivar, tuvieron la corneja diestra,
Y, entrando en Burgos, tuviéronla siniestra.
Meció mío Cid los hombros y movió la cabeza:
*-¡Albricias, Álvar Fáñez, que echados somos de
tierra!*

3

Entrada desoladora en Burgos

Mío Cid Ruy Díaz por Burgos entraba,
En su compañía, sesenta pendones llevaba.
Salíanlo a ver mujeres y varones,²
Burgueses y burguesas por las ventanas son,
Llorando de los ojos, ¡tanto sentían el dolor!
De las sus bocas, todos decían una razón:
¡Dios, qué buen vasallo, si tuviese buen señor!

4

Nadie da hospedaje al Cid por temor al Rey. Sólo una niña de nueve años pide al Cid que se vaya. El Cid acampa en la glera del río Arlanzón

Le convidarían de grado, mas ninguno no osaba;
El rey don Alfonso tenía tan gran saña;
Antes de la noche, en Burgos de él entró su carta,
Con gran recaudo y fuertemente sellada:
Que a mío Cid Ruy Díaz, que nadie le diese posada,
Y aquel que se la diese supiese veraz palabra,
Que perdería los haberes y además los ojos de la cara,
Y aún más los cuerpos y las almas.
Gran duelo tenían las gentes cristianas;
Escóndense de mío Cid, que no le osan decir nada,
El Campeador adeliñó a su posada.
Así como llegó a la puerta, hallola bien cerrada;
Por miedo del rey Alfonso que así lo concertaran:
Que si no la quebrantase por fuerza, que no se la
abriesen por nada.

Los de mío Cid a altas voces llaman;
Los de dentro no les querían tornar palabra.
Aguijó mío Cid, a la puerta se llegaba;
Sacó el pie de la estribera, un fuerte golpe le daba;
No se abre la puerta, que estaba bien cerrada.
Una niña de nueve años a ojo se paraba:
*-¡Ya, Campeador, en buena hora ceñisteis espada!
El Rey lo ha vedado, anoche de él entró su carta
Con gran recaudo y fuertemente sellada.
No os osaríamos abrir ni acoger por nada;
Si no, perderíamos los haberes y las casas,
Y, además, los ojos de las caras.
Cid, en el nuestro mal vos no ganáis nada;*

*Mas el Criador os valga con todas sus virtudes
santas.*

Esto la niña dijo y tornose para su casa.
Ya lo ve el Cid que del Rey no tenía gracia.
Partiose de la puerta, por Burgos agujijaba;
Llegó a Santa María, luego descabalgaba;
Hincó los hinojos, de corazón rogaba.
La oración hecha, luego cabalgaba;
Salió por la puerta y el Arlanzón pasaba;
Cabo esa villa, en la glera posaba;
Hincaba la tienda y luego descabalgaba.
Mío Cid Ruy Díaz, el que en buena hora ciñó espada,
Posó en la glera, cuando no le acoge nadie en casa;
Alrededor de él, una buena compañía.
Así posó mío Cid, como si fuese en montaña.
Vedado le han la compra, dentro en Burgos la casa,
De todas cosas cuantas son de vianda;
No le osarían vender ni la menor dinerada.

5

Martín Antolínez socorre al Cid

Martín Antolínez, el burgalés cumplido,
A mío Cid y a los suyos abastéceles de pan y de vino.
No lo compra que él se lo había consigo;
De todo conducho, bien los hubo abastecido.
Pagose mío Cid el Campeador y todos los otros que
van a su servicio.

Habló Martín Antolínez, oiréis lo que ha dicho:
-¡Ya, Campeador, en buena hora fuisteis nacido!
*Esta noche yazgamos y vayamos al matino,
Que acusado seré de lo que os he servido;
En ira del rey Alfonso yo seré metido.
Si con vos escapo sano o vivo;
Aún cerca o tarde el Rey me querrá por amigo;
Si no, cuanto deajo no lo precio un higo.*

[...]

14

El Cid va a San Pedro de Cardeña

Con estos caballeros que le sirven a su sabor.
Aprisa cantan los gallos y quieren quebrar albores.
Cuando llegó a San Pedro, el buen Campeador,
El abad don Sancho, cristiano del Criador,
Rezaba los maitines, a vuelta de los albores.
Allí estaba doña Jimena con cinco dueñas de pro,
Rogando a San Pedro y al Criador:
-Tú que a todos guías, vale a mío Cid el Campeador.

15

Llegada del Cid a San Pedro de Cardeña

Llamaban a la puerta, allí supieron el mandado.
¡Dios, qué alegre fue el abad don Sancho!

Con lumbres y con candelas al corral dieron salto;
Con tan gran gozo reciben al Campeador contado.
*-Agradézcolo a Dios, mío Cid, dijo el abad don
Sancho;
-Pues que aquí os veo, prended de mí hospedado.
Dijo el Cid: ¡Gracias, don abad, y soy vuestro
pagado!
Yo adobaré conducho para mí y para mis vasallos;
Mas, porque me voy de tierra, os doy cincuenta
marcos;
Si yo algo viviere, os serán doblados;
No quiero hacer en el monasterio un dinero de daño.
He aquí para doña Jimena os doy cien marcos;
A ella y a sus hijas y a sus dueñas servidlas este año.
Dos hijas deajo niñas, prendedlas en los brazos;
Aquellas os encomiendo a vos, abad don Sancho;
De ellas y de mi mujer tengáis todo recaudo.
Si esa despensa os falleciere u os menguare algo,
Abastecedlas bien, yo así os lo mando;
Por un marco que gastéis, al monasterio daré yo
cuatro.*

Otorgado se lo había el abad de grado.
Heos a doña Jimena con sus hijas do va llegando;
Sendas dueñas las traen y las van acercando.
Ante el Campeador, doña Jimena hincó los hinojos
ambos,
Lloraba de los ojos, quísole besar las manos:
*-¡Merced, Campeador, pues nacisteis con buen hado!;
Por malos mestureros, de tierra sois echado.*

16

El Cid da ánimos a doña Jimena

*¡Merced, oh Cid, barba tan cumplida!
Heme ante vos, yo y vuestras hijas,
Infantes son y de días chicas,
Con estas mis dueñas de quien soy servida.
Yo lo veo que estáis vos en ida
Y nos de vos nos hemos de partir en vida.
¡Dadnos consejo, por amor de santa María!
Inclinó las manos en la su barba bellida;
A las sus hijas en brazos las prendía;
Llegolas al corazón, que mucho las quería.
Llora de los ojos, tan fuertemente suspira:
-¡Ay, doña Jimena, la mi mujer tan cumplida,
Como a la mi alma, yo tanto os quería!
Ya lo veis que partir nos hemos en vida;
Yo iré y vos quedaréis retenida.
¡Plega a Dios y a santa María,
Que aun con mis manos case estas mis hijas,⁵
O que dé ventura y algunos días vida
Y vos, mujer honrada, de mí seáis servida!*

[...]

19

El ángel Gabriel se aparece en sueños al Cid

Allí se echaba mío Cid, después que cenó;
Cogió un dulce sueño, tan bien se durmió.
El ángel Gabriel en sueño se apareció:
-Cabalgad, Cid, el buen Campeador,
Que nunca en tan buen punto cabalgó varón;
Mientras que viviereis bien saldrá todo a vos.
Cuando despertó el Cid, la cara se santiguó;
Se signaba la cara, a Dios se encomendó;
Estaba muy contento del sueño que soñó.

[...]

36

Descripción de la batalla de Alcocer

¡Veríais tantas lanzas bajar y alzar;
Tanta adarga horadar y traspasar;
Tanta loriga romper y desmallar;
Tantos pendones blancos salir bermejos de sangre;
Tantos buenos caballos sin sus dueños andar!
Los moros llaman: ¡*Mahoma!* Y los cristianos: ¡*Santi Yague!*
Caían en un poco de lugar moros muertos mil y
trescientos ya.

37

Mención de los caballeros que luchan con el Cid

¡Qué bien lidia sobre dorado arzón
Mío Cid Ruy Díaz, el buen lidiador!
Minaya Álvar Fáñez, que Zorita mandó;
Martín Antolínez, el burgalés de pro;
Muño Gustioz, que su criado fue;
Martín Muñoz, el que mandó a Montemayor;
Álvar Álvarez y Álvar Salvadórez;
Galín García, el bueno de Aragón;
Félez Muñoz, sobrino del Campeador.
Desde allí adelante cuantos allí son,
Socorren la enseña y a mío Cid el Campeador.

38

El Cid socorre a Álvar Fáñez y lucha contra Fáriz

A Minaya Álvar Fáñez, matáronle el caballo;
Bien le socorren mesnadas de cristianos;
La lanza ha quebrado, a la espada metió mano;
Aunque de pie, buenos golpes va dando.
Violo mío Cid, Ruy Díaz el castellano,
Arrimose a un alguacil, que tenía buen caballo,
Dióle tal golpe de espada con el su diestro brazo,
Cortole por la cintura, el medio echó en el campo;
A Minaya Álvar Fáñez, íbale a dar el caballo:
-¡Cabalgad, Minaya, vos sois el mi diestro brazo!
Hoy en este día, de vos habré gran amparo.

Firmes están los moros, aún no se van del campo.
Cabalgó Minaya, la espada en la mano,
Por estas fuerzas firmemente lidiando;
A los que alcanza, valos matando.
Mío Cid Ruy Díaz, el Campeador contado,
Al rey Fáriz, tres golpes le había dado;
Los dos le fallan y el uno le ha alcanzado;
Por la loriga abajo, la sangre destellando;
Volvió las riendas por írsele del campo.
Por aquel golpe el ejército es derrotado.

39

Martín Antolínez lucha contra Galve. Huida de los moros

Martín Antolínez un golpe dio a Galve;
Los rubíes del yelmo echóselos aparte;
Cortole el yelmo, que llegó a la carne.
Sabed, el otro no se atrevió a esperarle.
Derrotado es el rey Fáriz y Galve.
¡Tan buen día para la cristiandad
Pues huyen los moros de una y otra parte!
Los de mío Cid hiriendo en alcance;
El rey Fáriz en Terror se fue a entrar,
Y, a Galve, no le acogieron allá;
Para Calatayud, cuanto puede se va.
El Campeador íbalo en alcance;
Hasta Calatayud duró el acosar.

40

Álvar Fáñez cumple su voto. Fin de la batalla. Reparto del botín. El Cid envía el primer donativo al rey

A Minaya Álvar Fáñez, bien le anda el caballo;
De estos moros, mató a treinta y cuatro;
Espada tajadora, sangriento trae el brazo,
Por el codo abajo, la sangre destellando.
Dice Minaya: *-Ahora soy pagado*
Que a Castilla irán buenos mandados,
Que mío Cid Ruy Díaz lid campal ha ganado.
Tantos moros yacen muertos que pocos vivos han
dejado,
Que en alcance sin duda les fueron dando.
Ya se tornan los del Campeador contado.
Andaba mío Cid sobre su buen caballo;
La cofia fruncida, ¡Dios, cómo es bien barbado!
El almófar a cuestras, la espada en la mano,
Vio a los suyos cómo van llegando.
-¡Gracias a Dios, aquel que está en alto,
Cuando tal batalla hemos ganado!
Este campamento, los de mío Cid luego lo han robado
De escudos y de armas y de otros haberes largos;
De los moriscos, cuando son llegados,
Hallaron quinientos diez caballos.

Grande alegría hay entre esos cristianos;
 Más de quince de los suyos de menos no hallaron.
 Traen oro y plata, que no saben cuánto;
 Con esta ganancia, rehechos son todos esos cristianos.
 A sus castillos, a los moros dentro los han tornado;
 Mandó mío Cid aún que les diesen algo.
 Gran gozo ha mío Cid con todos sus vasallos.
 Dio a partir estos dineros y estos haberes largos;
 En la su quinta, al Cid caen cien caballos.
 ¡Dios, qué bien pagó a todos sus vasallos,
 A los peones y a los encabalgados!
 Bien lo dispone el Campeador contado,
 Cuantos él trae, todos son pagados.
 -¡Oíd, Minaya, sois mi diestro brazo!
 De esta riqueza, que el Criador nos ha dado,
 A vuestra guisa tomad con vuestra mano.
 Enviaros quiero a Castilla con mandado
 De esta batalla que hemos ganado.
 Al rey Alfonso, que me ha airado,
 Quiérole enviar en don treinta caballos;
 Todos con sillas y muy bien enfrenados;
 Sendas espadas de los arzones colgando.
 Dijo Minaya Álvar Fáñez: -Esto haré yo de grado.

41

El Cid quiere cumplir el voto a Santa María

He aquí oro y plata,
 Una bota llena, que nada no le menguaba.
 En Santa María de Burgos, pagad mil misas;
 Lo que sobrare dadlo a mi mujer y a mis hijas,
 Que rueguen por mí las noches y los días;
 Si yo les viere, serán dueñas ricas.

[...]

47

Embajada de Minaya. El Rey acepta los regalos y perdona a Minaya, mas no al Cid

¡Mío Cid Ruy Díaz, de Dios haya su gracia!
 Ido es a Castilla Álvar Fáñez Minaya,
 Treinta caballos al Rey los presentaba;
 Violos el Rey, hermoso se alegraba:
 -¿Quién me los dio estos? ¡Así os valga Dios, Minaya!
 -Mío Cid Ruy Díaz, que en buena hora ciñó espada,
 Venció dos reyes de moros en esta batalla;
 Sobejana es señor, la su ganancia.
 A vos, rey honrado, este presente manda;
 Bésaos los pies y las manos ambas;
 Que le hagáis merced, ¡así el Criador os valga!
 Dijo el Rey: -¡Mucho es mañana,
 Hombre airado, que de señor no ha gracia,
 Para acogerlo al cabo de tres semanas!
 Mas, ya que de moros fue, tomo esta manda;

Aún me place de mío Cid que hizo en tal ganancia.
 Además de todo esto, a vos libro, Minaya,
 Honores y tierras tenedlas condonadas;
 Id y venid, desde aquí os doy mi gracia;
 Mas, del Cid Campeador, yo no os digo nada.
 Además de todo esto, deciros quiero, Minaya:

48

El Rey autoriza a los guerreros a ir con el Cid

- De todo mi reino, los que quisieren marchar,
 Buenos y valientes, para mío Cid ayudar,
 Suéltoles los cuerpos y líbroles las heredades.
 Besole las manos Minaya Álvar Fáñez.
 -Gracias, Rey, como a señor natural;
 Esto haces ahora más haréis adelante.

[...]

55

El conde de Barcelona se entera de que el Cid le corría la tierra amparada bajo su protección

Llegaron las nuevas al conde de Barcelona:
 Que mío Cid Ruy Díaz que le corría la tierra toda.
 Tuvo gran pesar y túvoselo a gran deshonra.

56

Bravatas y desafío del conde catalán y respuesta del Cid

El conde es muy follón y dijo una vanidad:
 Grandes tuertos me hace mío Cid el de Vivar;
 -Dentro en mi corte me hizo ofensa grande:
 Hiríome el sobrino y no lo enmendó más;
 Ahora me corre las tierras que en mi protección están.
 No lo desafié, ni le torné enemistad;
 Mas, cuando él me lo busca, se lo iré yo a demandar.
 Grandes son las fuerzas y aprisa se van llegando;
 Muchas gentes se le allegan entre moros y
 cristianos;
 Adeliñan tras mío Cid, el bueno de Vivar;
 Tres días y dos noches, piensan en andar.
 Alcanzaron a mío Cid en Tévar y el pinar;
 Así viene esforzado el conde que a manos le pensó
 tomar.
 Mío Cid don Rodrigo trae ganancia grande;
 Baja de una sierra y llegaba a un valle.
 Del conde don Remón le ha venido mensaje.
 Mío Cid, cuando lo oyó, envió para allá:
 -Decid al conde no lo tenga a mal;
 De lo suyo no llevo nada, déjeme ir en paz.
 Repuso el conde: -¡Esto no será verdad!
 Lo de antes y de ahora todo me lo pechará.
 ¡Sabrá el salido a quién vino a deshonrar!
 Tornose el mandadero cuanto pudo más;

Cantar II (Las bodas de las hijas del Cid)

64

El Cid se dirige hacia las costas levantinas

Aquí se comienza la gesta de mío Cid el de Vivar
 Tan ricos son los suyos que no saben lo que han.
 Poblado ha mío Cid el puerto de Alucat;
 Dejando a Zaragoza y a las tierras de acá,
 Y dejando a Huesca y tierras de Montalbán,
 Contra la mar salada, empezó a guerrear.
 A oriente sale el sol y tornose a esa parte.
 Mío Cid ganó a Jérica y Onda y Almenar;
 Tierras de Burriana todas conquistado las ha.

65

Toma de Murviedro

Ayudole el Criador, el Señor que está en el cielo;
 Él con todo esto tomó a Murviedro;
 Ya veía mío Cid que Dios le iba valiendo.
 Dentro en Valencia, no es poco el miedo.

71

Campaña de tres años por los alrededores de Valencia

En tierra de moros, robando y ganando,
 Y durmiendo los días y las noches trasnochando,
 En ganar aquellas villas, mío Cid tardó tres años.

72

Asedio de Valencia. El Cid envía pregones por los reinos cristianos

A los de Valencia, escarmentado los han;
 No osan salir fuera, ni con él luchar;
 Talábales las huertas y les hacía gran mal;
 En cada uno de estos años, mío Cid les quitó el pan.
 Mal se aquejan los de Valencia que no saben cómo obrar;
 De ninguna parte que sea, no les venía el pan;
 Ni da consejo padre a hijo, ni hijo a padre,
 Ni amigo a amigo, no se pueden consolar.
 ¡Mala cuita es, señores, tener mengua de pan;
 Hijos y mujeres verlos morir de hambre!
 Delante veían su duelo, no se pueden ayudar;
 Al rey de Marruecos, tuvieron que avisar;
 Con el de los Montes Claros, tenía guerra tan grande;
 No les dio consejo, ni los vino a ayudar.
 Súpolo mío Cid, de corazón le place;
 Salió de Murviedro una noche sin parar;
 Amaneció a mío Cid en tierras de Monreal.
 Por Aragón y Navarra, pregón mandó echar;

A tierras de Castilla, envió sus mensajes:
 Quien quiera olvidar cuita y riqueza ganar,
 Viniese a mío Cid que tiene ganas de cabalgar;
 Cercar quiere a Valencia para a cristianos la dar.

73

Pregón de los heraldos del Cid

*-Quien quiera ir conmigo a cercar a Valencia,
 Todos vengan de grado, ninguno a la fuerza;
 Tres días le esperaré en el canal de Celfa.*

74

Muchos guerreros acuden en ayuda del Cid. Cerco y rendición de Valencia

Esto dijo mío Cid, el Campeador contado.
 Tornábase a Murviedro, que él se la ha ganado.
 Llegaron los pregones, sabed, a todas partes.
 Al sabor de la ganancia, no lo quieren retardar;
 Muchas gentes se le acogen de la buena cristiandad.
 Creciendo va en riqueza mío Cid el de Vivar;
 Cuando vio las gentes juntadas, se empezó a alegrar.
 Mío Cid don Rodrigo no lo quiso retardar;
 Se marchó para Valencia y sobre ella se va a echar.
 Bien la cerca mío Cid, que no había falsedad;
 Védales salir y védales entrar.
 Sonando van sus nuevas todas a todas partes;
 Más le vienen a mío Cid, sabed, que no se van.
 Metiola en plazo por si les viniesen a ayudar;
 Nueve meses cumplidos, sabed, sobre ella yace;
 Cuando vino el décimo, se la tuvieron que dar.
 Grandes son los gozos que van por ese lugar,
 Cuando mío Cid ganó a Valencia y entró en la ciudad.
 Los que fueron de a pie caballeros se hacen;
 El oro y la plata, ¿quién os lo podría contar?
 Todos eran ricos cuantos allí hay.
 Mío Cid don Rodrigo la quinta mandó tomar;
 En el haber monedado, treinta mil marcos le caen;
 Y los otros haberes, ¿quién los podría contar?
 Alegre estaba el Campeador con todos los que ha.

[...]

77

El Cid pasa lista de los suyos y envía a Minaya con presentes al Rey, pidiendo que deje salir a la mujer y a las hijas del Cid

Mandolos venir a la corte y a todos ellos juntar.
 Cuando les halló, por lista los hizo nombrar:
 Tres mil seiscientos tenía mío Cid el de Vivar.

Alégrasele el corazón y tornose a alegrar:
 -¡Gracias a Dios, Minaya, y a santa María Madre!
 Con muchos menos salimos de la casa de Vivar;
 Ahora tenemos riqueza, más tendremos adelante.
 Si a vos pluguiere, Minaya, y no os cayere en pesar,
 Enviaros quiero a Castilla, donde tenemos heredad,
 Al rey Alfonso, mi señor natural;
 De estas mis ganancias, que hemos hecho acá,
 Darle quiero cien caballos y vos ídseles a llevar.
 Después, por mí besadle la mano y firme se lo rogad
 Por mi mujer y mis hijas, que me las deje sacar.
 Enviaré por ellas y vos sabed el mensaje:
 “La mujer de mío Cid y sus hijas las infantes
 De tal guisa irán por ellas que con gran honra
 vendrán
 A esta tierras extrañas que nos pudimos ganar”.
 Entonces dijo Minaya: -De buena voluntad.
 Después que esto han hablado, se empiezan a preparar.
 Cien hombres le dio mío Cid a Minaya Álvar Fáñez,
 Para servirle en la carrera, a toda su voluntad.
 Y mandó mil marcos de plata a San Pedro llevar,
 Y que los diese a don Sancho el abad.

[...]

82

Embajada de Minaya al Rey. Irritación de García Ordóñez. El Rey perdona al Cid y a su familia, y da autorización a los que quieren ir con el Cid. Los infantes de Carrión planean el matrimonio con las hijas del Cid

-¡Merced, señor Alfonso, por amor del Criador!
 Besábaos las manos mío Cid lidiador,
 Los pies y las manos, como a tan buen señor,
 Que le hayáis merced, ¡así os valga el Criador!
 Le echasteis de tierra, no tiene el vuestro amor;
 Aunque en tierra ajena, él bien lo suyo cumplió;
 Ha ganado a Jérica y a Onda por nombre;
 Tomó a Almenar y a Murviedro que es mejor;
 Así hizo con Cebolla y después con Castellón,
 Y Peña Cadiella, que es una peña fuerte;
 Con estas todas, de Valencia es señor
 Obispo hizo de su mano el buen Campeador;
 E hizo cinco lides campales y todas las ganó
 Grandes son las ganancias que le dio el Criador.
 He aquí las señales, verdad os digo yo:
 Cien caballos fuertes y corredores,
 De sillas y de frenos, todos guarnecidos son;
 Bésaos las manos y que los toméis vos;
 Tiénese por vuestro vasallo y a vos tiene por señor.
 Alzó la mano diestra, el Rey se santiguó:
 -De tan grandes ganancias, como hizo el Campeador,
 ¡Así me valga san Isidro!, pláceme de corazón,
 Y pláceme de las nuevas que hace el Campeador;

Recibo estos caballos que me envía de don.
 Aunque plugo al Rey, mucho pesó a García Ordóñez:
 -¡Parece que en tierra de moros no hay vivo hombre,
 Cuando así hace a su guisa el Cid Campeador!
 Dijo el Rey al conde: -Dejad esa razón,
 Que en todas guisas mejor me sirve que vos.
 Hablaba Minaya allí a guisa de varón:
 -Merced os pide el Cid, si os cayese en sabor,
 Por su mujer doña Jimena y sus hijas ambas a dos:
 Saldrían del monasterio, donde él las dejó,
 E irían para Valencia al buen Campeador.
 Entonces dijo el Rey: -Pláceme de corazón.
 Yo les mandaré dar conducho mientras que por mi
 tierra fueren;
 De afrenta de mal cuidarlas y de deshonor.
 Cuando en cabo de mi tierra estas dueñas fueren,
 Catad cómo las sirváis vos y el Campeador.
 Oídmme, mesnadas, y toda la mi corte:
 No quiero que nada pierda el Campeador;
 A todas las mesnadas, que a él dicen señor,
 Porque los desheredé, todo se lo suelto yo;
 Sírvanles sus heredades do fuere el Campeador;
 Protéjoles los cuerpos de mal y de sinrazón;
 Por tal hago esto que sirvan a su señor.
 Minaya Álvar Fáñez las manos le besó.
 Sonriose el Rey, tan bellido habló:
 -Los que quisieren ir a servir al Campeador
 De mí sean libres y vayan con la gracia del Criador;
 Más ganaremos en esto que en otro deshonor.
 Aquí entraron en habla los infantes de Carrión:
 -Mucho crecen las nuevas de mío Cid el Campeador;
 Bien casaríamos con sus hijas por menester de pro.
 No la osaríamos acometer nos esta razón;
 Mío Cid es de Vivar y nos de los condes de Carrión.
 No lo dicen a nadie y cesó esta razón.
 Minaya Álvar Fáñez del buen Rey se despidió.
 ¿Ya os vais, Minaya? ¡Id con la gracia del Criador!
 Llevad un portero creo que os será de pro.
 Si llevarais las dueñas, sírvanlas a su sabor.
 Hasta dentro en Medina, denles cuanto menester les
 fuere;
 Desde allí adelante, cuide de ellas el Campeador.
 Despidiose Minaya y vase de la corte.

86

Recibimiento del Cid a Jimena. El Cid corre a Babiaca en un alarde de gozo. Encuentro con doña Jimena y sus hijas

Salían a recibir a las dueñas y al bueno de Minaya.
 El que en buena hora nació no lo retardaba:
 Ensíllanle a Babiaca, coberturas le echaban;
 Mío Cid salió sobre él y armas de fuste tomaba;
 Vistiose el sobremanto, luenga trae la barba;
 Dio una corrida, ésta fue tan extraña;

Por nombre Babieca, el caballo cabalga;
 Cuando hubo corrido, todos se maravillaban:
 Desde ese día se preci6 Babieca en cuan grande fue
 Espa1a.

Al cabo de la corrida, mío Cid descabalgaba;
 Se dirigi6 a su mujer y a sus hijas ambas.
 Cuando lo vio do1a Jimena, aprisa se le echaba:
 -¡Merced, Campeador, en buena hora ce1isteis
 espada!

Sacado me habéis de muchas vergüenzas malas.
Heme aquí, se1or, yo y vuestras hijas ambas;
Con Dios y con vos buenas están y criadas.
 A la madre y a las hijas bien las abrazaba;
 Del gozo que tenían de los sus ojos lloraban.
 Todas las sus mesnadas en gran deleite estaban;
 Armas teniendo y tablados quebrantando.
 Oíd lo que dijo el Campeador contado:
 -Vos, querida y honrada mujer y mis hijas ambas,
 Mi corazón y mi alma,
 Entrad conmigo en Valencia la casa,
 En esta heredad que os tengo ganada.
 Madre e hijas las manos le besaban;
 Con tan gran honra, ellas en Valencia entraban.
 Se dirigi6 mío Cid con ellas al alcázar.

87

Suben las damas al alcázar y contemplan la ciudad y sus alrededores

Allá las subía, al más alto lugar.
 Ojos bellidos catan a todas partes;
 Miran a Valencia, cómo yace la ciudad;
 Y, de la otra parte, a ojo tienen el mar;
 Miran la huerta, frondosa es y grande;
 Alzan las manos para a Dios rogar
 Por esta ganancia cómo es buena y grande
 Mío Cid y sus compa1as con tan gran sabor están.
 El invierno es ido que marzo quiere entrar;
 Deciros quiero nuevas de la otra parte del mar,
 De aquel rey Yusuf, que en Marruecos está.

88

El rey de Marruecos viene a conquistar Valencia

Pesole al rey de Marruecos de mío Cid don Rodrigo:
 -Que en mis heredades fuertemente se ha metido
 Y él no se lo agradece sino a Jesucristo.
 Aquel rey de Marruecos juntaba sus efectivos;
 Con cincuenta mil de armas todos fueron cumplidos;
 Entraron sobre mar, en las barcas son metidos;
 Van a buscar a Valencia a mío Cid don Rodrigo;
 Arribado han las naves, afuera eran salidos.

89

Las tropas de Marruecos acampan frente a Valencia

Llegaron a Valencia, la que mío Cid ganado había;
 Hincaron las tiendas y posan las gentes descreídas.
 Estas nuevas a mío Cid eran venidas.

[...]

96

Tras derrotar a Yusuf, el Cid manda nuevos presentes al Rey

Alegres están en Valencia las gentes cristianas;
 ¡Tantos haberes tenían de caballos y de armas!
 Alegre está do1a Jimena y sus hijas ambas,
 Y todas las otras due1as que tienen por casadas.
 El bueno de mío Cid no lo tard6 por nada:
 -¡D6nde estáis, caboso? Venid acá, Minaya.
 De lo que a vos cay6, vos no agradezcáis nada.
 De esta mi quinta, os digo sin falla,
 Prended lo que quisieréis, lo otro me basta;
 Y ma1ana por la ma1ana os iréis sin falla
 Con caballos de esta quinta, que yo tengo ganada,
 Con sillas y con frenos y con sendas espadas,
 Por amor de mi mujer y de mis hijas ambas;
 Porque así las envi6 donde ellas son pagadas,
 Estos doscientos caballos irán en manda,
 Que no diga mal el rey Alfonso del que Valencia
 manda.

Mand6 a Pero Bermúdez que fuese con Minaya.
 Otro día de ma1ana, aprisa cabalgan
 Y doscientos hombres llevan en su compa1a
 Con saludos del Cid que las manos le besaba:
 De esta lid que ha ganado doscientos caballos en
 presente le enviaba.
 Y lo servirá siempre mientras que tuviese el alma.

[...]

99

El Rey recibe con benevolencia la embajada. García Ord6ñez no puede reprimir la envidia

El rey don Alfonso estábase santiguando.
 Minaya y Pero Bermúdez adelante han llegado;
 Echáronse a tierra bajaron de los caballos;
 Ante el rey Alfonso, los hinojos hincados,
 Besan la tierra y los pies ambos:
 -¡Merced, rey Alfonso, sois tan honrado!
 Por mío Cid el Campeador todo esto os besamos;
 A vos llama por se1or y tiénesse por vuestro vasallo;
 Mucho aprecia el Cid la honra que le habéis dado.
 Pocos días hace, Rey, que una lid ha ganado
 A aquel rey de Marruecos, Yusuf por nombrado,
 Con cincuenta mil, arrancoles del campo.

*Los haberes que hizo son muy sobejanos;
Ricos han venido todos los sus vasallos;
Y os envía doscientos caballos y os besa las manos.
Dijo el rey don Alfonso: -Recíbolos de grado.
Agradézcolo a mío Cid que tal don me ha enviado.
Aún vea la hora que de mí sea pagado.
Esto plugo a muchos y besáronle las manos.
Pesó al conde don García y estaba muy airado;
Con diez de sus parientes, aparte daban salto:
-¡Maravilla es del Cid que su honra crece tanto!
Con la honra que él tiene nos seremos afrentados;
Por vencer tan fácilmente a los reyes en el campo,
Como si los hallase muertos, ganarse los caballos.
Por esto que él hace, nos tendremos menoscabo.*

100

El Rey honra a los mensajeros del Cid

Habló el rey don Alfonso y dijo esta razón:
-Agradezco al Criador y al señor san Isidro de León:
Estos doscientos caballos que me envía mío Cid.
Mi reino en adelante mejor me podrá servir.
A vos, Minaya Álvar Fáñez y a Pero Bermúdez aquí,
Mándoos los cuerpos honradamente servir y vestir,
Y guarneceros de todas armas como vos quisieréis
aquí;
*Que bien parezcáis ante Ruy Díaz mío Cid;
Os doy tres caballos y prendedlos aquí.
Así como semeja y la voluntad me lo dice,
Todas esta nuevas para bien habrán de venir.*

101

Los infantes de Carrión piden las manos de las hijas del Cid

Besáronle las manos y entraron a posar;
Bien los mandó servir de cuanto menester han.
De los infantes de Carrión yo os quiero contar,
Hablando en consejo con todo secreto están:
-Las nuevas de mío Cid muy adelante van;
Demandemos sus hijas para con ellas casar;
Creeceremos en nuestra honra e iremos adelante.
Venían al rey Alfonso con esta puridad:

102

Los infantes de Carrión proponen al Rey la solicitud de matrimonio con las hijas del Cid. El Rey trata el asunto con Minaya y Pero Bermúdez, y pide vistas con el Cid, que comunica por escrito la respuesta al Rey

-Merced os pedimos, como a Rey y a señor natural;
Con vuestro consejo lo queremos hacer nos,
Que nos demandéis las hijas del Campeador;
Casar queremos con ellas a su honra y a nuestra pro.
Una gran hora el Rey pensó y meditó:
-Yo eché de tierra al buen Campeador,

*Y, haciendo yo a él mal y él a mí gran pro,
Del casamiento no sé si tendrá sabor;
Mas, pues vos lo queréis, entremos en la razón.
A Minaya Álvar Fáñez y a Pero Bermúdez,
El rey don Alfonso entonces los llamó;
A una cuadra, él los apartó:
-Oídmme, Minaya, y Pero Bermúdez, vos:
Sírve me mío Cid, el Campeador,
Él lo merece y de mí tendrá perdón;
Viniésemme a vistas si de ello hubiese sabor.
Otros mandados hay en esta mi corte:
Diego y Fernando, los infantes de Carrión,
Sabor han de casar con sus hijas ambas a dos;
Sed buenos mensajeros y ruégooslo yo
Que se lo digáis al buen Campeador:
Habrá con ello honra y crecerá en honor
Por consagrar con los infantes de Carrión.
Habló Minaya y plugo a Pero Bermúdez:
-Se lo rogaremos lo que decís vos;
Después, haga el Cid lo que hubiere sabor.
-Decid a Ruy Díaz, el Campeador contado,
Que le iré a vistas donde fuere aguisado;
Donde él dijere, allí sea el mojón.
Favorecerle quiero a mío Cid en toda pro.
Despedíanse del Rey; con esto, tornados son.
Van para Valencia todos cuantos ellos son.
Cuando lo supo el buen Campeador,
Aprisa cabalga, a recibirlos salió;
Sonriose mío Cid y bien los abrazó:
-¡Venís, Minaya, y Pero Bermúdez, vos!
En pocas tierras hay tales dos varones.
¿Cómo son las nuevas de Alfonso mi señor,
Si está contento o recibió el don?
Dijo Minaya: -De alma y de corazón.;
Está contento y os da su amor.
Dijo mío Cid: -¡Gracias al Criador!
Esto diciendo, exponen la razón:
Lo que le rogaba Alfonso el de León
De dar sus hijas a los infantes de Carrión;
Que le reportaría ello honra y crecería en honor;
Que se lo aconsejaba de alma y de corazón.
Cuando lo oyó mío Cid, el buen Campeador,
Una gran hora pensó y meditó:
-Esto agradezco a Cristo mi señor.
Echado fui de tierra y perdido el honor;
Con gran afán gané lo que tengo yo;
A Dios lo agradezco que del Rey tengo su amor
Y me piden mis hijas para los infantes de Carrión.
Ellos son muy orgullosos y tienen parte en la corte;
De este casamiento no tendría sabor;
Mas, pues lo aconseja el que más vale que nos,
Hablemos de ello y en la puridad estemos nos.
¡A fe Dios del cielo nos acuerde en lo mejor!
[...]*

108

El Cid anuncia el casamiento a su mujer y a sus hijas

Todos esa noche fueron a sus posadas;
 Mío Cid el Campeador al alcázar entraba;
 Recibiolo doña Jimena y sus hijas ambas:
 -¿Venís, Campeador? ¡En buenahora ceñisteis espada!
 ¡Muchos días os veamos con los ojos de las caras!
 -Gracias al Criador, vengo, mujer honrada.
 Yernos os traigo con que tendremos ganancia;
 Agradecédmelo, mis hijas, que bien os tengo casadas.

109

Doña Jimena acepta lo pactado por el Cid

Besáronle las manos, la mujer y las hijas,
 Y todas las dueñas que las servían:
 -¡Gracias al Criador y a vos, Cid, barba vellida!
 Todo lo que vos hacéis es de buena guisa.
 ¡No serán menguadas en todos vuestros días!
 -Cuando vos nos casarais, padre, bien seremos ricas.

110

Recelo y justificación del Cid sobre los matrimonios

-Mujer doña Jimena, ¡gracias al Criador!
 A vos digo, mis hijas, doña Elvira y doña Sol:
 Con este vuestro casamiento, creceremos en honor;
 Mas, sabed bien la verdad, que no lo levanté yo;
 Os ha pedido y rogado Alfonso mi señor,
 Tan firmemente y de todo corazón
 Que yo a ninguna cosa no le supe decir no.
 Os metí en sus manos, hijas, ambas a dos;
 Bien me lo creáis que él os casa, que no yo.

111

Preparativos en Valencia. Recibimiento de los infantes. Ceremonia civil y religiosa de los esponsales. Regocijo de las bodas. Despedida de los invitados

Pensaron en preparar entonces el palacio,
 Por el suelo y por arriba, tan bien encortinado;
 Tanta púrpura y tanta seda y tanto paño preciado;
 Sabor tendrías de estar y de comer en el palacio.
 Todos sus caballeros aprisa se han juntado.
 Por los infantes de Carrión, entonces enviaron;
 Cabalgan los infantes, adelante se dirigían al palacio
 Con buenas vestiduras y ricamente ataviados;
 De pie y a gusto, ¡Dios, qué quedos entraron!

Recibiolos mío Cid con todos sus vasallos;
 A él y a su mujer, delante se le humillaron,
 E iban a posar en un precioso escaño.
 Todos los de mío Cid tan bien se han acordado,
 Al que en buena hora nació, mientes están prestando.
 El Campeador en pie se ha levantado:
 -Pues que lo hemos de hacer, ¿por qué lo vamos
 tardando?
 ¡Venid acá, Álvar Fáñez, el que yo quiero y amo!
 He aquí ambas mis hijas, póngolas en vuestra mano;
 Sabéis que al Rey así se lo he mandado;
 No lo quiero fallar por nada de cuanto hay acordado;
 A los infantes de Carrión, dadlas con vuestra mano
 Y reciban las bendiciones y vayamos acabando.
 Entonces dijo Minaya: -Esto haré yo de grado.
 Levántanse derechas y metióselas en mano;
 A los infantes de Carrión, Minaya va hablando:
 -Heos ante Minaya, ambos sois hermanos;
 Por mano del rey Alfonso, que a mí lo hubo mandado,
 Os doy estas dueñas, ambas son hijasdalgo,
 Que las toméis por mujeres a honra y por contrato.
 Ambos las reciben con amor y con agrado;
 A mío Cid y a su mujer van a besar las manos.
 Cuando hubieron hecho esto, salieron del palacio,
 Para Santa María, aprisa adeliñando.
 El obispo don Jerónimo revistiose apresurado,
 A la puerta de la iglesia, estábalos esperando;
 Dioles las bendiciones, la misa ha cantado.
 (...)
 Ricos tornan a Castilla los que a las bodas llegaron.
 Ya se iban partiendo estos hospedados,
 Despidiéndose de Ruy Díaz, el Campeador contado,
 Y de todas las dueñas y de los hijosdalgo;
 Por pagados se parten de mío Cid y de sus vasallos.
 Muy bien hablan de ellos, como era aguisado.
 Muy alegres estaban Diego y Fernando;
 Estos fueron hijos del conde don Gonzalo.
 Venidos son a Castilla estos hospedados;
 El Cid y sus yernos en Valencia se han quedado;
 Allí moran los infantes bien cerca de dos años;
 Los amores que les hacen eran muy sobejanos.
 Alegre estaba el Cid y todos sus vasallos.
 ¡Plega a santa María y al Padre santo
 Que se pague de ese casamiento mío Cid o el que lo
 hubo en algo!
 Las coplas de este cantar aquí se van acabando,
 El Criador os valga con todos los sus santos.

Cantar III (de la afrenta de Corpes)

112

Episodio del león en la corte de Valencia. Miedo de los infantes y serenidad del Cid

En Valencia estaba mío Cid con todos sus vasallos;
 Con él ambos sus yernos, los infantes de Carrión.
 Yacía en un escaño, dormía el Campeador;
 Mal sobresalto, sabed, que les pasó:
 Saliose de la red y desatose el león.
 En gran miedo se vieron en medio de la corte;
 Embrazan los mantos los del Campeador
 Y cercan el escaño y se ponen sobre su señor.
 Fernán González no vio donde se escondiese, ni
 cámara abierta ni torre;
 Metiose bajo el escaño, ¡tuvo tanto pavor!
 Diego González por la puerta salió,
 Diciendo por la boca: ¡No veré a Carrión!
 Tras una viga lagar, metiose con gran pavor;
 El manto y el brial todo sucio lo sacó.
 En esto despertó el que en buena hora nació;
 Vio cercado el escaño de sus buenos varones.
 ¿Qué es esto, mesnadas, o qué queréis vos?
 ¡Ah, señor honrado!, alarma nos dio el león.
 Mío Cid apoyó el codo, en pie se levantó;
 El manto trae al cuello y adeliñó para el león.
 El león, cuando lo vio, mucho se amedrentó;
 Ante mío Cid, la cabeza humilló y la boca bajó.
 Mío Cid don Rodrigo del cuello lo tomó
 Y llévalo de diestro y en la red le metió.
 A maravilla lo tienen cuantos allí son;
 Y tornáronse al palacio para la corte.
 Mío Cid por sus yernos demandó y no los halló;
 Aunque los están llamando, ninguno respondió.
 Cuando los hallaron, vinieron tan sin color.
 ¡No visteis tal burla como iba por la corte!
 Mandolo prohibir mío Cid el Campeador.
 Se sintieron muy ofendidos los infantes de Carrión;
 Gran cosa les pesa de esto que les pasó.

113

Búcar, rey de Marruecos, viene a poner sitio a Valencia

Estando ellos en esto, de lo que tenían gran pesar,
 Fuerzas de Marruecos a Valencia vienen a cercar;
 Cincuenta mil tiendas plantadas hay de las caudales;
 Este era el rey Búcar, si le oísteis nombrar.

114

Miedo de los infantes antes de la batalla. El Cid se muestra indulgente con ellos

Alegrábase el Cid y todos sus varones

Pues les crece la ganancia, gracias al Criador;
 Mas, sabed, de corazón les pesa a los infantes de
 Carrión
 Que veían tantas tiendas de moros de que no tenían
 sabor.

Ambos hermanos aparte salidos son:
*-Miramos la ganancia y la pérdida no;
 Ya, en esta batalla, tendremos que entrarnos.
 Esto es aguisado para no ver Carrión;
 Viudas quedarán las hijas del Campeador.*
 Oyó la puridad aquel Muño Gustioz;
 Vino con estas nuevas a mío Cid Ruy Díaz el
 Campeador:
*-Ved qué pavor tienen vuestros yernos, ¡tan osados
 son!:*

*Por entrar en batalla desean Carrión.
 Idlos a confortar, ¡así os valga el Criador!;
 Que estén en paz y no hayan allí ración.
 Nosotros con vos venceremos y nos valdrá el Criador.*
 Mío Cid don Rodrigo sonriendo salió:
*-¡Dios os salve, yernos, infantes de Carrión!
 En brazos tenéis mis hijas, tan blancas como el sol;
 Yo deseo lides y vos a Carrión;
 En Valencia holgad a todo vuestro sabor,
 Que de aquellos moros yo soy sabedor;
 A vencerlos me atrevo con la merced el Criador.*

[...]

120

Satisfacción del Cid por las supuestas proezas de sus yernos

Grande fue el día en la corte del Campeador
 Después que esta batalla vencieron y al rey Búcar
 mató.

Alzó la mano, la barba se tomó:
 Gracias a Cristo que del mundo es señor,
 Cuando veo lo que había sabor:
 Que lidiaron conmigo en el campo mis yernos
 ambos a dos;

Mandados buenos irán de ellos a Carrión,
 Cómo son honrados y os tendrán gran pro.

[...]

123

Resentido sonrojo de los infantes. Burlas de los caballeros del Cid. Los infantes traman la venganza

A estas palabras, habló don Fernando:
-Gracias al Criador y a vos, Cid honrado;

*Tantos haberes tenemos que no son contados.
 Por vos tenemos honra y hemos lidiado;
 Pensad en lo otro que lo nuestro tenemoslo en salvo.
 Los vasallos de mío Cid estábanse solazando:
 Quién lidiara mejor o quién fuera a alcanzarlos;
 Mas, no hallaban allí a Diego ni a Fernando.
 Por estas burlas que iban levantando,
 Y las noches y los días tan mal escarmentándolos,
 Tan mal se aconsejaron estos infantes ambos.
 Ambos salieron aparte, verdaderamente son*

*hermanos;
 -De esto que ellos hablaron nos parte no tengamos:
 Vayamos para Carrión, aquí mucho retardamos;
 Los haberes que tenemos grandes son y sobejanos;
 Mientras que viviéremos, no podremos gastarlos.*

124

Los infantes de Carrión traman vengarse en las hijas del Cid que desconoce las intenciones de los infantes. El Cid les entrega a sus hijas. Despedida de Valencia

*-Pidamos nuestras mujeres al Cid Campeador;
 Digamos que las llevaremos a tierras de Carrión;
 Las enseñaremos do las heredades son;
 Las sacaremos de Valencia de poder del Campeador;
 Después, en la carrera, haremos nuestro sabor,
 Antes que nos retraigan lo que aconteció con el león.
 ¡Nos de linaje somos de los condes de Carrión!
 Haberes llevaremos grandes que tienen gran valor;
 Escarneceremos las hijas del Campeador.
 Con estos haberes, siempre seremos ricos hombres;
 Podremos casar con hijas de reyes o emperadores,
 Que de linaje somos de condes de Carrión.
 Así las escarneceremos a las hijas del Campeador,
 Antes que nos retraigan lo que fue con el león.
 Con este consejo ambos tornados son.
 Habló Fernán González e hizo callar a la corte:
 -¡Así os valga el Criador, Cid Campeador!
 Que plazca a doña Jimena y primero a vos,
 Y a Minaya Álvar Fáñez y a cuantos aquí son:
 Dadnos nuestras mujeres, que tenemos a bendición;
 Las llevaremos a nuestras tierras de Carrión.
 Las meteremos en las villas que les dimos por arras
 y por honores;*

*Verán vuestras hijas lo que tenemos nos;
 Los hijos que hubiéremos en qué habrán partición.
 Dijo el Campeador:
 -Daros he mis hijas y de lo mío algún don.
 ¡El Cid no se cuidaba de tan grande deshonor!
 -Vos les disteis villas por arras en tierras de Carrión;
 Yo les quiero dar en ajuar tres mil marcos de valor;
 Os daré mulas y palafrenes lucidos de condición;
 Caballos para en diestro, fuertes y corredores,*

*Y muchas vestiduras de paños y de ciclatones.
 Os daré dos espadas, a Colada y a Tizón;
 Bien lo sabéis vos que las ganó a guisa de varón;
 Mis hijos sois ambos cuando mis hijas os doy;
 Allá me llevéis las telas del corazón.
 Que lo sepan en Galicia y en Castilla y en León
 Con qué riqueza envió mis yernos ambos a dos.
 A mis hijas serváis, que vuestras mujeres son;
 Si bien las servís, yo os daré buen galardón.
 Otorgado lo han esto los infantes de Carrión;
 Aquí reciben las hijas del Campeador;
 Comienzan a recibir lo que el Cid mandó.*

[...]

126

El Cid manda a Féléz Muñoz que acompañe a sus hijas. Último adiós.

*-¿Do estás, mi sobrino, tú, Féléz Muñoz?
 ¡Primo eres de mis hijas ambas de alma y de corazón!
 Mándote que vayas con ellas hasta dentro en Carrión;
 Verás las heredades que a mis hijas dadas son;
 Con estas nuevas, vendrás al Campeador.
 Dijo Féléz Muñoz: -Pláceme de alma y de corazón.
 Minaya Álvar Fáñez ante mío Cid se paró:
 -Tornémonos, Cid, a Valencia la mayor;
 Que, si a Dios pluguiere y al Padre Criador,
 Las iremos a ver a tierras de Carrión.
 A Dios os encomendamos, doña Elvira y doña Sol;
 Tales cosas haced que nos den placer a nos.
 Respondían los yernos: -¡Así lo mande Dios!
 Grandes fueron los duelos en la separación;
 El padre con las hijas lloran de corazón;
 Así hacían los caballeros del Campeador.
 -¡Oye, sobrino, ú, Féléz Muñoz!
 Por Molina iréis, allí posaréis una noche;
 Saludad a mi amigo, el moro Abengalbón:
 Reciba a mis yernos como él pudiere mejor.
 Dile que envió a mis hijas a tierras de Carrión;
 De lo que necesitaren, sírvalas a su sabor;
 Desde allí las acompañe hasta Medina por mi amor;
 Por cuanto él hiciere, yo le daré por ello buen
 galardón.*

*Como la uña de la carne, ellos partidos son.
 Ya se tornó para Valencia el que en buena hora nació.
 Piénsanse en ir los infantes de Carrión.*

[...]

128

Los infantes y sus mujeres se desvían de la comitiva.

La afrenta del Robledal de Corpes

Entrados son los infantes al Robledo de Corpes;
 Los montes son altos, las ramas pujan con las nubes;
 Y las bestias fieras que andan alrededor.
 Hallaron un vergel con una limpia fuente;
 Mandan hincar la tienda los infantes de Carrión;
 Con cuantos ellos traen, allí yacen esa noche;
 Con sus mujeres en brazos demuéstranles amor.
 ¡Mal se lo cumplieron cuando salía el sol!
 Mandaron cargar las acémilas con haberes de valor;
 Han recogido la tienda donde albergaron de noche;
 Adelante eran idos los de criazón;
 Así lo mandaron los infantes de Carrión:
 Que no quedase allí ninguno, mujer ni varón,
 Sino ambas sus mujeres, doña Elvira y doña Sol:
 Solazarse quieren con ellas a todo su sabor.
 Todos eran idos, ellos cuatro solos son.
 Tanto mal urdieron los infantes de Carrión:
-Creedlo bien, doña Elvira y doña Sol,
Aquí seréis escarnecidas en estos fieros montes.
Hoy nos partiremos y dejadas seréis de nos;
No tendréis parte en tierras de Carrión.
Irán estos mandados al Cid Campeador;
Nos vengaremos en ésta por la del león.
 Allí les quitan los mantos y los pellizones;
 Déjanlas en cuerpo y en camisas y en ciclatones.
 ¡Espuelas tienen calzadas los malos traidores!
 En mano prenden las cinchas resistentes y fuertes.
 Cuando esto vieron las dueñas, hablaba doña Sol:
-¡Por Dios os rogamos, don Diego y don Fernando,

nos!
Dos espadas tenéis tajadoras y fuertes;
A la una dicen Colada y a la otra Tizón;
Cortadnos las cabezas, mártires seremos nos.
Moros y cristianos hablarán de esta razón;
Que, por lo que nos merecemos, no lo recibimos nos;
Tan malos ejemplos no hagáis sobre nos.
Si nos fuéremos majadas, os deshonraréis vos;
Os lo retraerán en vistas o en cortes.
 Lo que ruegan las dueñas no les ha ningún pro.
 Ya les empiezan a dar los infantes de Carrión;
 Con las cinchas corredizas, májanlas tan sin sabor;
 Con las espuelas agudas, donde ellas han mal sabor,
 Rompían las camisas y las carnes a ellas ambas a dos;
 Limpia salía la sangre sobre los ciclatones.
 Ya lo sienten ellas en los sus corazones.
 ¡Cuál ventura sería ésta, si pluguiese al Criador
 Que asomase ahora el Cid Campeador!
 Tanto las majaron que sin aliento son;
 Sangrientas en las camisas y todos los ciclatones.
 Cansados son de herir ellos ambos a dos,

Ensayándose ambos cuál dará mejores golpes.
 Ya no pueden hablar doña Elvira y doña Sol;
 Por muertas las dejaron en el Robledo de Corpes.

129

Los infantes dejan abandonadas a las hijas del Cid

Lleváronles los mantos y las pieles armiñas,
 Mas déjanlas apenadas en briales y en camisas,
 Y a las aves del monte y a las bestias de fiera guisa.
 Por muertas las dejaron, sabed, que no por vivas.

130

Los infantes se alaban por la afrenta

¡Cuál ventura sería, si asomase ahora el Cid
 Campeador!
 Los infantes de Carrión, en el Robledo de Corpes,
 A las hijas del Cid por muertas las dejaron
 Que la una a la otra no le torna recado.
 Por los montes do iban, ellos se iban alabando:
-De nuestros casamientos, ahora somos vengados;
No las debíamos tomar por barraganas si no
fuésemos rogados,
Pues nuestras parejas no eran para en brazos.
La deshonra del león así se irá vengando.

131

Sospecha de Félez Muñoz que va en busca de sus primas. Las encuentra, las reanima y las traslada a San Esteban. La noticia de la afrenta llega al Rey y al Cid. Álvar Fáñez va a recogerlas a San Esteban

Alabándose iban los infantes de Carrión.
 Mas, yo os diré de aquel Félez Muñoz,
 Sobrino era del Cid Campeador:
 Mandáronle ir adelante mas de su grado no fue.
 En la carrera do iba, dolióle el corazón;
 De todos los otros, aparte se salió;
 En un monte espeso, Félez Muñoz se metió
 Hasta que viese venir sus primas ambas a dos
 O qué han hecho los infantes de Carrión.
 Violos venir y oyó una razón.
 Ellos no le veían ni de ello tenían razón.
 Sabed bien, si ellos le viesan, no escapara de muerte.
 Vanse los infantes, agujian a espolón.
 Por el rastro, tornose Félez Muñoz.
 Halló a sus primas amortecidas ambas a dos.
 Llamando: ¡Primas! ¡Primas!, luego descabalgo.
 Ató el caballo, a ellas se dirigió:
-¡Ea, primas, las mis primas, doña Elvira y doña Sol!
¡Mal se ensayaron los infantes de Carrión!
¡A Dios plega y santa María que por ello prendan
mal galardón!

Las va tornando en sí a ellas ambas a dos.
 No pueden decir nada, tanto de traspuestas son.
 Partiéronse las telas de dentro del corazón.
 Llamando: *-Primas, primas, doña Elvira y doña Sol!*
¡Despertad, primas, por amor del Criador,
Mientras es de día, antes que entre la noche;
Que las bestias fieras no nos coman en este monte!
 Van recobrando doña Elvira y doña Sol;
 Abrieron los ojos y vieron a Félez Muñoz.
-¡Esforzaos, primas, por amor del Criador!
Cuando no me hallaren los infantes de Carrión,
Con gran prisa seré buscado yo;
Si Dios no nos vale aquí moriremos nos.
 Con tan gran duelo hablaba doña Sol:
-¡Así os lo pague, mi primo, nuestro padre el
Campeador!
¡Dadnos del agua así os valga el Criador!
 Con un sombrero, que tiene Félez Muñoz,
 Nuevo era y fresco, que de Valencia sacó,
 Cogió del agua en él y a sus primas dio;
 Muy laceradas están y a ambas las hartó.
 Tanto las rogó hasta que las incorporó.
 Las va confortando y alentando el corazón
 Hasta que esfuerzan, y a ambas las tomó;
 Y, enseguida, en el caballo las cabalgó;
 Con el su manto, a ambas las cubrió;
 El caballo tomó por la rienda y luego de allí las sacó.
 (...)
 Van estos mandados a Valencia la mayor.
 Cuando se lo dicen a mío Cid el Campeador,
 Un gran rato pensó y meditó.
 Alzó la su mano, la barba se tomó:
-¡Gracias a Cristo, que del mundo es señor,
Cuando tal honra me han dado los infantes de
Carrión!
¡Por esta barba, que nadie mesó,
No la lograrán los infantes de Carrión,
Que a mis hijas bien las casaré yo!
 Pesó a mío Cid y a toda su corte,
 Y a Álvar Fáñez de alma y de corazón.
 Cabalgó Minaya con Pero Bermúdez
 Y Martín Antolínez, el burgalés de pro,
 Con doscientos caballeros, los que mío Cid mandó;
 Díjoles firmemente que anduviesen de día y de noche,
 Que trajesen a sus hijas a Valencia la mayor.

[...]

133

El Cid manda a Muño Gustioz para que pida justicia al Rey. El Rey promete reparación

-¿Do estás, Muño Gustioz, mi vasallo de pro?

¡En buena hora te crié a ti en la mi corte!
Lleva el mandado a Castilla, al rey Alfonso:
Por mí bésale la mano, de alma y de corazón,
Cómo yo soy su vasallo y él es mi señor
De esta deshonra que me han hecho los infantes de
Carrión,
Que le pese al buen Rey de alma y de corazón.
Él casó a mis hijas, que no se las di yo;
Cuando las han dejado con gran deshonra,
Si deshonra ahí cabe alguna contra nos,
La poca o la grande toda es de mi señor.
Mis haberes se me han llevado, que sobejanos son;
Eso me puede pesar con el otro deshonra.
Tráigamelos a vistas o a juntas o a cortes,
Como haya derecho de los infantes de Carrión,
Que tan grande es el rencor dentro en mi corazón.
 Muño Gustioz aprisa cabalgó;
 Con él dos caballeros, que le sirvan a su sabor,
 Y con él escuderos que son de criazón.
 Salían de Valencia y andan cuanto pueden;
 No se dan reposo los días y las noches.

[...]

134

El rey don Alfonso convoca cortes en Toledo

-Decidle al Campeador, que nació con buen hado,
Que en estas siete semanas se prepare con sus
vasallos;
Véngame a Toledo, esto le doy de plazo;
Por amor de mío Cid, esta corte yo hago.
Saludádmelos a todos entre ellos haya espacio;
De esto que les sucedió aún serán bien honrados.
 Despidiose Muño Gustioz, a mío Cid ha tornado.
 Así como lo dijo, suyo era el cuidado:
 No lo detiene por nada Alfonso el castellano;
 Envía sus cartas para León y a Santiago;
 A los portugueses y a los gallegos van mandados,
 Y a los de Carrión y a varones castellanos:
 Que corte hacía en Toledo aquel Rey honrado,
 Al cabo de siete semanas, que allí fuesen juntados;
 Quien no viniese a la corte no se tuviese por vasallo.
 Por todas sus tierras, así lo iban pensando,
 Que no fallasen a lo que el Rey había mandado.

[...]

138

En las cortes, tras conseguir la devolución de sus regalos, el Cid sigue pidiendo justicia por la mayor deshonra

Estos pagos en especie mío Cid tomados los ha.

Sus hombres los tienen y de ellos se ocuparán;
Mas, cuando esto hubo acabado, pensaron luego en
algo más:

-¡Merced, ay, Rey señor, por amor de caridad!
El rencor mayor no se me puede olvidar.
Oídmeme toda la corte y os pese de mi mal:
A los infantes de Carrión, que me deshonraron tan
mal,
A menos de retos, no los puedo dejar.

139

El Cid acusa solemnemente a los infantes

-Decid ¿en qué os ofendí, infantes de Carrión,
En burlas o en veras o en alguna razón?
Aquí lo repararé a juicio de la corte.
¿Por qué me desgarrasteis las telas del corazón?
A la salida de Valencia, mis hijas os di yo,
Con muchos haberes y con muy grande honor;
Si no las queríais, ya, perros traidores,
¿Por qué las sacabais de Valencia sus honores?
¿Por qué las heristeis con cinchas y espolones?
Solas las dejasteis en el Robledo de Corpes
A las bestias fieras y a las aves del monte;
Por cuanto les hicisteis, menos valéis vos.
Si no recurrís, véalo esta corte.

140

Confrontación entre García Ordóñez y el Cid

El conde don García en pie se levantaba:
-¡Merced, oh Rey, el mejor de toda España!
Envíose mío Cid a las cortes pregonadas;
Dejola crecer y luenga trae la barba;
Los unos le tienen miedo y a los otros espanta.
Los de Carrión son de estirpe tan alta
Que no las debían querer a sus hijas por barraganas;
¿Y quién se las diera por iguales o por veladas?
En derecho obraron porque han sido dejadas
Cuanto él dice, no se lo apreciamos nada.
Entonces el Campeador cogióse la barba:
-¡Gracias a Dios que cielo y tierra manda!
Por eso es luenga que con regalo fue cuidada.
¿Qué tenéis vos, conde, para reprochar mi barba?
Que desde que nació con regalo fue cuidada,
Que no me cogió de ella hijo de persona humana;
Ni me la mesó hijo de moro ni de cristiana,
Como yo a vos, conde, en el castillo de Cabra.
Cuando tomé a Cabra y a vos por la barba,
No hubo allí rapaz que no mesó su pulgarada;
La que yo mesé, aún no es igualada.

141

Fernán González rechaza despectivamente la acusación del Cid

Fernán González en pie se levantó;
Con altas voces, oiréis lo que habló:
-Dejaos vos, Cid, de esta razón;
De vuestros haberes de todos pagado sois.
No acrecentéis la contienda entre nos y vos.
De linaje somos de los condes de Carrión:
Debíamos casar con hijas de reyes o emperadores,
Que no pertenecían hijas de infanzones.
Porque las dejamos derecho hicimos nos;
Más nos apreciamos, sabed, que menos no.

[...]

149

El Rey sanciona los retos para resolver la demanda. Vienen mensajeros de Navarra y de Aragón para pedir las manos de las hijas del Cid

Dijo el rey Alfonso: -Calle ya esta razón.
Los que han retado lidiarán, ¡así me salve Dios!
Así como acaban esta razón,
He aquí dos caballeros entraron por la corte;
Al uno llaman Ojarra y al otro Íñigo Ximenez;
El uno es del infante de Navarra y el otro del infante
de Aragón.

Besan las manos al rey don Alfonso;
Piden sus hijas a mío Cid el Campeador
Para ser reinas de Navarra y de Aragón;
Y que se las diesen a honra y a bendición.
A esto callaron y escuchó toda la corte.
Levantose en pie mío Cid el Campeador:
-¡Merced, rey Alfonso, vos sois mi señor!
Esto agradezco yo al Criador,
Cuando me las demandan de Navarra y de Aragón.
Vos las casasteis antes, que yo no;
He aquí mis hijas, en vuestras manos son;
Sin vuestro mandato, nada haré yo.
Levantose el Rey, hizo callar a la corte:
-Ruégoo, Cid, caboso Campeador,
Que plega a vos y lo otorgaré yo;
Este casamiento hoy se otorgue en esta corte,
Que os crece en ello honra y tierra y honor.
Levantose mío Cid, al Rey las manos le besó:
-Cuando a vos place, otórgolo yo, señor.
Entonces dijo el Rey: -¡Dios os dé por ello buen
galardón!

A vos, Ojarra, y a vos, Íñigo Ximenez,
Este casamiento os lo otorgo yo
De las hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol,
Para los infantes de Navarra y de Aragón,
Que os las dé a honra y a bendición.

Levantose en pie Ojarra e Íñigo Ximenez;
 Besaron las manos del rey don Alfonso;
 Y, después, de mío Cid el Campeador.
 Hicieron las fes y los homenajes dados son:
 Que, como es dicho, así sea o mejor.
 A muchos place de toda esta corte,
 Mas no place a los infantes de Carrión.

[...]

152

Los caballeros del Cid vencen los desafíos. Regreso a Valencia. Alegría del Cid. Segundos matrimonios de las hijas del Cid. Muerte del Cid. Fin del Cantar

Los dos han vencido; os diré de Muño Gustioz,
 Con Asur González cómo se comportó.
 Dábanse en los escudos unos tan grandes golpes;
 Asur González, forzado y de valor,
 Dio en el escudo a don Muño Gustioz;
 Tras el escudo, pasole la guarnición;
 En vacío dio la lanza, que en carne no le entró.
 Este golpe recibido, otro dio Muño Gustioz,
 Tras el escudo, pasole la guarnición,
 Por medio de la bloca el escudo le quebrantó;
 No le pudo guardar, pasole la guarnición,
 Aparte le cogió, que no cabe el corazón;
 Metiole por la carne adentro la lanza con el pendón;
 Por la otra parte, una braza se la sacó;
 Con él dio un giro, de la silla lo movió;
 Al tirar de la lanza, en tierra lo echó;
 Bermejo salió el astil y la lanza y el pendón.
 Todos piensan que herido es de muerte.
 La lanza recobró y sobre él se paró.
 Dijo Gonzalo Ansúrez: *-¡No le hiráis, por Dios!*
¡Vencido es el campo, cuando esto se acabó!
 Dijeron los fieles: *-Esto afirmamos nos.*
 Mandó despejar el campo el buen rey don Alfonso;
 Las armas que allí quedaron él se las tomó.
 Por honrados se parten los del buen Campeador;
 Vencieron esta lid, gracias al Criador.

Grandes son los pesares por tierras de Carrión.
 El Rey a los de mío Cid de noche los envió,
 Que no les diesen salto ni tuviesen pavor.
 A guisa de prudentes andan días y noches;
 Helos en Valencia con mío Cid el Campeador;
 Por malos los dejaron a los infantes de Carrión;
 Cumplido han la deuda que les mandó su señor;
 Alegre fue con esto mío Cid el Campeador.
 Grande es la deshonra de los infantes de Carrión:
 ¡Quien a buena dueña escarnece y la deja después,
 Tal le acontezca o siquiera peor!
 Dejémonos de pleitos de los infantes de Carrión;
 De lo que han recibido, tienen muy mal sabor;
 Hablemos de éste que en buena hora nació.
 Grandes son los gozos en Valencia la mayor,
 Porque tan honrados fueron los del Campeador
 Tomose la barba Ruy Díaz su señor:
-¡Gracias al Rey del cielo, mis hijas vengadas son!
¡Ahora las tengan libres las heredades de Carrión!
Sin vergüenza las casaré pese a quien pese o a
quien no.
 Anduvieron en pleitos los de Navarra y de Aragón;
 Tuvieron su consulta con Alfonso el de León;
 Hicieron sus casamientos con doña Elvira y con
 doña Sol.
 Los primeros fueron grandes mas estos son mejores;
 Con mayor honra las casa que lo que primero fue:
 Ved cual honra crece al que en buena hora nació,
 Cuando señoras son sus hijas de Navarra y Aragón.
 Hoy los reyes de España sus parientes son;
 A todos alcanza honra por el que en buena hora nació.
 Dejado ha este siglo el día de quincuagésima. ¡De
 Cristo haya perdón!
 ¡Así hagamos nos todos justos y pecadores!
 Estas son las nuevas de mío Cid el Campeador;
 En este lugar, se acaba esta razón.
 ¡Quien escribió este libro dele Dios paraíso, amén!
 Per Abbat le escribió en el mes de mayo,
 En era de Mill e CC (e) XLV años.